

## CAPÍTULO 12

Al día siguiente, por la mañana, algunas decenas de hombres y de mujeres se hallaban a las puertas del hospital, esperando a que sacasen el féretro del camarada muerto. En torno de ellos rondaban cautos los agentes de la policía secreta, captando con su fino oído las exclamaciones aisladas y grabándose en la memoria caras, ademanes y palabras, mientras, desde el otro lado de la calle, les observaba un grupo de guardias con revólver al cinto. La desvergüenza de los agentes, las sonrisas irónicas de los guardias dispuestos a mostrar su fuerza, irritaban a la muchedumbre. Unos escondían su cólera y bromeaban; otros miraban a tierra con aire sombrío, tratando de no advertir aquella actitud insultante; otros, más incapaces de reprimir su ira, se mofaban de los representantes del poder, que temían a gente sin más armas que la palabra. El cielo azul pálido de otoño iluminaba la calle empedrada de grises guijarros redondos y salpicada de amarillas hojas, que el viento, al barrer, arrojaba a los pies de los transeúntes.

La madre estaba entre la multitud, y mirando los conocidos rostros, pensaba con tristeza: « Son pocos, ¡pocos! Y apenas hay obreros... »

Las puertas se abrieron y la cubierta del ataúd, adornado con coronas de cintas rojas, apareció en la calle. Con gesto unánime, los hombres se quitaron las gorras. Fue como si sobre sus cabezas hubiera alzado el vuelo una bandada de pájaros negros. Un oficial de policía, de alta estatura, con poblados bigotes oscuros en la cara roja, avanzó presuroso entre la multitud; tras él marchaban soldados, empujando sin miramiento a la gente y haciendo sonar ruidosamente contra el empedrado sus pesadas botas. El oficial, con voz ronca y autoritaria, dijo:

—¡Hagan el favor de quitar esas cintas!

Hombres y mujeres lo rodearon en un círculo compacto, hablando todos a la vez, agitando los brazos, excitándose, queriendo pasar cada cual delante de todos. Ante los turbados ojos de la madre danzaron pálidas caras de labios trémulos. Por las mejillas de una mujer rodaban lágrimas de agravio.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¡Abajo la violencia! —gritó una voz joven, que se perdió, solitaria, en el ruido de la discusión.

La madre también sentía amargura en su corazón. Se dirigió indignada a su vecino, un muchacho pobremente vestido:

—Ni siquiera se permite enterrar a un hombre como quieran sus camaradas, ¡es una desgracia!

La hostilidad crecía. La tapa del féretro se balanceaba sobre las cabezas. El viento jugaba con las cintas, azotaba los rostros, se oía el seco y enervante roce de la seda.

La madre, dominada por el terror de un posible motín, decía a sus vecinos con voz apresurada y baja:

—Tanto peor; si tiene que ser, que quiten las cintas. ¡Hay que ceder, qué remedio!

Una voz dura y sonora dominó el tumulto:

—Exigimos que se nos deje en paz para acompañar a su última morada a un amigo torturado por ustedes...

Alguien entonó con voz aguda y áspera:

—Entraremos en el combate...

—¡Hagan el favor de quitar las cintas! ¡Yákovlev, córtalas!

Se oyó el ruido de un sable que salía de la vaina. La madre cerró los ojos, esperando un grito. Pero se hizo el silencio; los hombres gruñían, enseñando los dientes, como lobos acosados. Luego, callados, muy inclinada la cabeza, avanzaron llenando la calle con el rumor de sus pasos.

Delante, flotaba en el aire la tapa del ataúd, despojada, con las coronas deshechas; los guardias marchaban, balanceándose a ambos lados, a lomos de sus caballos. La madre iba por la acera; no podía ver el ataúd, a causa del gentío que lo rodeaba y que crecía insensiblemente hasta llenar todo el ancho de la calle. Detrás de

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

la multitud, se alzaban también las grises figuras de los jinetes; guardias a pie, con las manos en la empuñadura de los sables, flanqueaban el cortejo, y por todas partes brillaban fugaces las miradas agudas de los de la secreta, conocidas para la madre, escrutando con atención las caras de la gente.

—Adiós, camarada, adiós —cantaron tristemente dos bellas voces.

—¡No hay que cantar! —gritó alguien—. ¡Callémonos, señores!

Había en el grito aquel un algo severo, imponente. La triste canción se interrumpió y el rumor de las conversaciones se hizo más tenue; solamente los firmes golpes de las pisadas sobre las piedras llenaban la calle de un ruido monótono y sordo. Se alzaba por encima de las cabezas, perdiéndose en el cielo transparente y haciendo vibrar el aire como el eco del primer trueno de una tormenta aún lejana. Un viento frío, cada vez más fuerte, echaba hostil a las caras el polvo y las basuras de las calles de la ciudad, hinchaba las ropas, agitaba las cabelleras, cegaba los ojos, golpeaba los pechos, se enredaba entre las piernas...

Aquellas exequias silenciosas, sin popes ni canciones que oprimieran el alma, aquellos rostros pensativos y ceños fruncidos, iban despertando en la madre un sentimiento de espanto, y su pensamiento giraba con lentitud, revistiendo sus impresiones con melancólicas palabras:

«Pocos son ustedes, los que están a favor de la verdad...»

Iba caminando, con la cabeza baja, y le parecía que no enterraban a Egor, sino a alguna cosa, habitual, querida e indispensable para ella. Se sentía triste, angustiada... Se le llenaba el corazón de un sentimiento áspero e inquietante de desacuerdo con las gentes que acompañaban a Egor:

«Claro que Egor no creía en Dios, y todos éstos tampoco...»

Pero no quiso acabar su pensamiento, y suspiró para aliviar el fardo que pesaba sobre su alma:

—¡Oh, Señor, Señor Jesús! Es posible que a mí un día, también así...

Ya en el cementerio, estuvieron mucho tiempo dando vueltas entre las tumbas, por los estrechos senderos, hasta que llegaron a una explanada, abierta a los

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

vientos, sembrada de crucecitas blancas. La multitud se agolpó cerca de la fosa y guardó silencio. Aquel austero silencio de los vivos entre las sepulturas era presagio de algo terrible, haciendo que el corazón de la madre se estremeciera y dejase de latir en espera de algo. Entre las cruces silbaba ululante el viento, sobre la tapa del ataúd palpitan tristemente las marchitas flores...

Los hombres de la policía, al acecho, miraban a su jefe. Sobre la tumba se alzó un muchacho muy alto, pálido, la cabeza descubierta, de largos cabellos y negras cejas. Y en el mismo momento resonó la bronca voz del oficial:

—Señores...

—¡Camaradas! —comenzó el joven con sonora voz.

—¡Permitan! —gritó el oficial—. Comunico que no puedo autorizar ningún discurso.

—Sólo diré unas palabras —dijo tranquilamente el muchacho—. ¡Camaradas! Sobre la fosa de nuestro maestro y amigo, hagamos el juramento de no olvidar nunca sus enseñanzas, juremos que cada uno de nosotros, durante toda la vida, trabajará sin descanso para ahogar la fuente de todos los males de nuestra patria, para cavar la sepultura de la fuerza malhechora que nos oprime, ¡la autocracia!

—¡Deténganlo! —gritó el oficial. Pero su voz se perdió en una brutal explosión de gritos:

—¡Abajo la autocracia!

Apartando a la multitud a codazos, los guardias se lanzaron contra el orador, pero éste se hallaba estrechamente rodeado por todas partes, y, levantando un brazo, gritó:

—¡Viva la libertad!

La madre fue arrojada a un lado. En su terror se apoyó en una cruz y cerró los ojos en espera de un golpe. Un torbellino impetuoso de ruidos discordes la ensordeció, vaciló la tierra bajo sus pies, el viento y el miedo le impedían respirar... Las pitadas de los guardias rasgaban el aire con su alarmante silbido, resonaba ronca

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

una voz dando órdenes, unas mujeres lanzaban gritos histéricos, crujió la madera de las vallas, resonaban sordamente las pisadas de la multitud sobre la tierra seca.

Aquello se prolongaba mucho, y el permanecer con los ojos cerrados le producía una insoportable sensación de espanto.

Abrió los ojos, miró en torno y, dando un grito, se lanzó hacia adelante con los brazos extendidos. No lejos de allí, en un estrecho sendero entre las tumbas, los guardias que cercaban al joven de largos cabellos se defendían de la multitud, que los atacaba por todas partes. Centelleaban en el aire, con fulgor blanco y frío, los sables desnudos, volando por encima de las cabezas y cayendo con rapidez. Bastones y estacas de las vallas surgían y desaparecían al instante; los gritos de la muchedumbre amotinada se confundían en torbellino salvaje; se alzaba el rostro pálido del joven, su voz fuerte retumbaba por encima de la tempestad de cólera:

—¡Camaradas! ¡No malgastemos nuestras fuerzas!

Se le obedeció. Uno tras otros, los hombres soltaron las improvisadas estacas y abandonaron el combate. La madre, arrastrada por una fuerza invencible, se abría camino hacia adelante. Vio a Nikolái, el sombrero sobre la nuca, rechazar a los manifestantes ebrios de ira, y oyó su voz cargada de reproches:

—¡Están locos! ¡Cálmense ya!

Le pareció que una de sus manos estaba roja.

—Nikolái Ivánovich, ¡márchese! —gritó lanzándose hacia él.

—¿Adónde va usted? La van a llenar de golpes...

Junto a ella, agarrándola por el hombro, estaba Sofía, sin sombrero, con el pelo en desorden, sosteniendo a un muchacho, casi un niño. El muchacho se limpiaba con la mano la cara partida, ensangrentada, y murmuraba con trémulos labios:

—Déjeme..., no es nada.

—Ocúpese de él, llévelo a casa. Tenga un pañuelo y véndele la cara —dijo rápidamente Sofía, poniendo la mano del chico en la de la madre, y huyó diciendo:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¡Márchense en seguida, están deteniendo a la gente!

La multitud se dispersaba en todos sentidos. Tras ellos, los agentes de policía se movían pesadamente entre las tumbas, enredándose torpemente en los faldones de sus capotes, jurando y blandiendo los sables. El muchacho los miró con mirada de lobo.

—¡Vamos más de prisa! —dijo débilmente la madre, enjugándole el rostro.

Él murmuró, escupiendo sangre:

—No se preocupe..., estoy bien. Fue con la empuñadura del sable... Pero yo le di un buen bastonazo... ¡Lo hice gritar!

Y sacudiendo el puño ensangrentado, dijo con voz entrecortada:

—¡Esperen, que ya les ajustaremos las cuentas! Ya los aplastaremos, sin pelea, cuando nos alcemos todos, ¡todo el pueblo trabajador!

—¡Vamos! —se apresuró a decir la madre, caminando rápidamente hacia una puertecita abierta en el muro del cementerio. Le parecía que detrás de la cerca los esperaban los policías, ocultos en el campo, y que cuando saliesen se arrojarían sobre ellos para matarlos a golpes. Pero, cuando después de abrir con precaución la pequeña puerta, echó un vistazo al campo revestido del velo gris del crepúsculo otoñal, el silencio y la soledad que allí reinaban la tranquilizaron inmediatamente.

—Espere, voy a vendarle la cara —dijo.

—No hace falta, no me da vergüenza. Es justo, yo he recibido lo mío, y él lo suyo. Estamos en paz.

La madre vendó rápidamente la herida. La vista de la sangre la llenaba de piedad, y cuando sintió en los dedos la tibia humedad, tuvo un escalofrío de terror. En silencio, condujo al herido a través de la campiña, llevándolo del brazo. El liberó su boca del vendaje y dijo con una pequeña carcajada:

—¿Adónde me arrastra, camarada? ¡Puedo andar solo!

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Pero ella sentía que vacilaba, que se tambaleaba sobre las piernas y le temblaba el brazo. Con voz cada vez más débil, el joven hablaba y le hacía preguntas, sin esperar respuesta:

—Me llamo Iván, soy hojalatero, ¿y usted, quién es? En el grupo de Egor Ivánovich éramos tres hojalateros..., somos once en total. Lo queríamos mucho. Dios acoja su alma. Aunque yo no creo en Dios...

En una calle, la madre detuvo un coche e hizo subir a Iván, susurrándole:

—Ahora, cállate. —Y con precaución volvió a cubrirle la boca con el pañuelo. El se llevó la mano a la cara, pero no consiguió descubrir sus labios. La mano cayó sin fuerza sobre la rodilla. Sin embargo, continuó diciendo a través del vendaje:

—Estos golpes se los cargo en su cuenta muchachos... Antes de Egor, era Titovich, un estudiante, el que nos enseñaba Economía Política... Después lo detuvieron.

La madre rodeó a Iván con su brazo y apoyó sobre su pecho la cabeza del joven. De pronto, esta cabeza se hizo más pesada y él se calló. Helada de miedo, la madre miraba temerosamente a todos lados; le parecía que de cada esquina iban a salir policías que verían la cabeza vendada de Iván, y lo matarían.

—¿Ha bebido? —preguntó el cochero con sonrisa comprensiva, volviéndose en su asiento.

—Demasiado... y pierde el sentido —suspiró Pelagueia.

—¿Es tu hijo?

—Sí, es zapatero. Yo soy cocinera...

—Oficio duro. ¡Arre...!

Dio un latigazo a su caballo, se volvió de nuevo y continuó más bajo:

—Parece que ha habido pelea en el cementerio, hace un rato. Enterraban a uno de esos que hacen política, que están contra las autoridades y tienen problemas con ellas. Los que fueron al entierro eran como él, compañeros del muerto, seguro.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Gritaron: «abajo las autoridades, que arruinan al pueblo», eso decían. La policía entró a sablazo limpio. Dicen que hay muertos. Y la policía también recibió lo suyo.

Calló y movió la cabeza con aire desolado. Luego continuó con voz extraña:

—¡Molestan a los muertos y despiertan a los difuntos!

Traqueteaba el coche sobre el pavimento y la cabeza de Iván se balanceaba suavemente sobre el pecho de la madre; el cochero, sentado de medio lado, barbotó pensativo:

—Hay agitación entre el pueblo..., el desorden nace de la tierra, sí. Esta noche vinieron los gendarmes a casa de mis vecinos, y no sé qué hicieron allí hasta la mañana. Luego, detuvieron a un herrero y se lo llevaron. Dicen que cualquier noche lo llevarán a la orilla del río y lo ahogarán en secreto. Sin embargo, el herrero era un buen hombre.

—¿Cómo se llama? —preguntó la madre.

—¿Quién, el herrero? Savel, y de apodo, el Evchenko. Es joven aún, pero sabe muchas cosas. Pero parece que eso de saber está prohibido. A veces, venía a casa: «¿Qué vida llevan ustedes los cocheros?», decía. Y es verdad lo que decía: vivimos peor que los perros.

—Para —dijo la madre.

De la sacudida, Iván volvió en sí y gimió débilmente.

—No aguanta, el chico—dijo el cochero—. ¡Ay, vodka, vodkita...!

Tambaleándose, moviendo con dificultad un pie después del otro, Iván atravesaba el patio diciendo:

—No es nada..., puedo andar.

## CAPÍTULO 13

Sofía estaba ya de vuelta; afanosa y agitada recibió a la madre con un cigarrillo en la boca. Tendió al herido sobre el diván, deshizo con destreza y sin cesar de dar órdenes, el vendaje que envolvía la cabeza. El humo del cigarrillo hacía guiñar los ojos al muchacho.

—¡Iván Danílovich! ¡Ya han llegado! ¿Está usted cansada Nílovna? ¿Se ha asustado, verdad? Pues, bueno, descanse. Nikolái, dale a Nílovna una copita de vino de Oporto.

Aturdida por lo ocurrido, la madre respiraba con dificultad, sintiendo una dolorosa punzada en el pecho.

—No se preocupen por mí... —murmuró.

Y con todo su ser pedía ansiosamente un poco de atención, un poco de cariño que la tranquilizase.

De la habitación vecina salió Nikolái con un brazo vendado; lo seguía el doctor Iván Danílovich, con el pelo revuelto, todo él punzante como un erizo. Se acercó rápido a Iván e, inclinándose hacia él, dijo:

—¡Agua, mucha agua, trapos limpios y algodón!

Iba ya la madre a la cocina, pero Nikolái la tomó de un brazo con la mano izquierda y le dijo cariñosamente, mientras se la llevaba al comedor:

—No se lo dice a usted, sino a Sofía. Usted ha tenido ya bastantes emociones, ¿verdad, amiga mía?

La madre encontró su mirada atenta y compasiva y, con un sollozo que no pudo retener, exclamó:

—¡Ah, Nikolái, fue horrible! Golpeaban a la gente con los sables, con los sables...

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Ya lo he visto —dijo Nikolái, moviendo la cabeza mientras le servía vino—. Se calentaron un poco demasiado por ambas partes. Pero tranquilícese, han pegado con el sable plano y no hay más que un herido grave, al parecer. Yo lo vi recibir los golpes y lo saqué de la refriega.

El rostro y la voz de Nikolái, el tibio ambiente y la luz de la habitación tranquilizaron a Vlásova.

Dirigiéndole una mirada de agradecimiento, le preguntó:

—¿Usted también recibió algún golpe?

— No, esto me lo hice yo mismo; por lo visto, rocé descuidadamente no sé qué y se me levantó la piel. Beba usted té. Hace frío y va muy desabrigada...

Ella tendió la mano hacia la taza y vio tenía los dedos llenos de sangre coagulada. Con movimiento instintivo, dejó caer la mano sobre la rodilla: la falda estaba húmeda. Muy abiertos los ojos, alzada la ceja, se miró a hurtadillas los dedos; la cabeza le daba vueltas y en su corazón golpeteaba:

—¡Eso mismo pueden hacerle a Pável!

Entró Iván Danílovich; venía sin chaqueta, con el chaleco puesto y la camisa remangada. A una muda interrogación de Nikolái, dijo con su aguda voz:

— La herida de la cara no tiene importancia, pero le han fracturado el cráneo, aunque la cosa no es grave; el chico es fuerte. Sin embargo, ha perdido mucha sangre. ¿Vamos a llevarlo al hospital?

—¿Por qué? Que se quede aquí —dijo Nikolái.

—Por hoy es posible, mañana también, pero luego no será cómodo para mí. No tengo tiempo de hacer visitas. ¿Harás un informe sobre los incidentes del cementerio?

—Naturalmente —respondió Nikolái.

La madre se levantó sin ruido y fue hacia la cocina.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¿Adónde va, Nilovna? —preguntó Nikolái inquieto, deteniéndola—. Sofía se las arreglará bien ella sola.

Pelagueia lo miró y, temblando, respondió con extraña sonrisa:

—Estoy llena de sangre.

Mientras se cambiaba de ropa en su habitación, pensaba una vez más en la tranquilidad de aquella gente, en la facultad que tenía de sobreponerse con rapidez a los acontecimientos más terribles. Esta reflexión la hizo serenarse y desterrar del corazón el espanto. Cuando volvió al cuarto donde yacía el herido, Sofía, inclinándose sobre él, le estaba diciendo:

—Estás diciendo tonterías, camarada.

—Pero voy a molestarlos —replicó él, con un hilo de voz.

—Cállate, que será mejor.

La madre se acercó a Sofía por detrás y le puso la mano en el hombro; miró sonriendo a la cara pálida del herido y empezó a contar el susto que le diera cuando, en el coche, en un acceso de delirio, empezó a decir palabras imprudentes. Iván la escuchaba, con ojos brillantes de fiebre, chasqueando los labios, y exclamaba confuso:

—¡Qué idiota soy!

—Bueno, te dejamos —declaró Sofía, después de arreglarle bien la colcha—. Descansa.

Ambas mujeres pasaron al comedor donde hablaron largo rato, con Nikolái y el médico, de los acontecimientos del día. Y ya se consideraba aquel drama como un asunto lejano, se miraba con seguridad al porvenir y se discutía sobre los métodos de trabajo para el día siguiente. Los rostros reflejaban cansancio, pero los pensamientos se mantenían animosos, y, al hablar de sus asuntos, aquella gente no ocultaba el descontento de sí misma. El doctor se removía nervioso en su silla y, esforzándose en debilitar su voz fina y aguda, dijo:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—La propaganda. ¡La propaganda! No es suficiente; la juventud obrera tiene razón. Hay que trazar un plan de agitación más amplio; les repito que el proletariado tiene razón.

Nicolái dijo en tono amargo:

— En todas partes se quejan de la falta de literatura, y nosotros aún no hemos logrado organizar una buena imprenta. Liudmila está agotada; caerá enferma, si no le damos colaboradores...

—¿Y Vesovchikov? —preguntó Sofía.

—No puede quedarse en la ciudad. No trabajará hasta que tengamos la nueva imprenta, pero para eso nos hace falta alguien más.

—¿Podría servir yo? —preguntó la madre dulcemente.

Los tres la miraron en silencio durante unos segundos.

—¡Buena idea! —exclamó Sofía.

—No, es demasiado duro para usted, Nilovna —dijo secamente Nicolái—. Tendría que vivir fuera de la ciudad, no podría ver a Pável, y además...

Ella dijo suspirando:

—Para Pável no es una gran privación, y en cuanto a mí, ¡las visitas me destrozan el alma! No se puede hablar de nada. Estás frente a tu hijo como una tonta y te miran a la boca, esperando a ver si dices algo de más...

Los acontecimientos de los últimos días la habían fatigado mucho, y ahora, al entrever la posibilidad de vivir fuera de la ciudad, lejos de aquellos dramas, se aferraba ávidamente a ella.

Pero Nicolái cambió el curso de la conversación.

—¿En qué piensas? —preguntó al doctor.

Este levantó la cabeza y respondió acremente:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

— En que somos pocos, ¡en eso! Hay que trabajar con más energía... y hay que convencer a Pável y a Andréi de que se fuguen; son ambos demasiado valiosos para que estén encerrados sin hacer nada.

Nikolái frunció las cejas y sacudió la cabeza con aire de duda, lanzando sobre la madre una rápida ojeada.

Ella comprendió que los cohibía su presencia, para hablar del hijo, y se fue a su habitación llevando en el corazón un ligero resentimiento contra sus amigos, que tan poca atención habían prestado a su deseo. Se acostó, y con los ojos abiertos, arrullada por el murmullo de las voces, se abandonó a sus inquietudes.

El día había sido tenebroso, incomprensible y lleno de malos presagios; como le era doloroso recordarlo, apartando las impresiones sombrías, se puso a pensar en Pável. Lo quería ver en libertad, y al mismo tiempo, la espantaba tal idea; sentía que en torno de ella todo se agudizaba, amenazando con desembocar en violentos choques. La paciencia silenciosa de la gente desaparecía para dar paso a una tensa expectación, la ira iba creciendo sensiblemente, se oían palabras ásperas, en todas partes la atmósfera estaba cargada de excitación...

Cada folleto provocaba una animada discusión en el mercado, en las tiendas, entre los criados y los artesanos; cada detención que se hacía en la ciudad suscitaba un eco temeroso y perplejo, pero algunas veces, lleno de inconsciente simpatía, de las explicaciones dadas por los revolucionarios sobre las causas de todo aquello. Pelagueia oía cada vez con mayor frecuencia cómo las gentes sencillas pronunciaban palabras que en otro tiempo la aterraban: revolución, socialistas, política, se repetían con ironía; pero esta ironía disimulaba mal el deseo de saber; con ira, pero bajo esta ira resonaba el miedo; pensativamente, pero con un matiz de esperanza y de amenaza. Lentamente, pero en anchos círculos, en la vida estancada y sombría, se esparcía la agitación, el dormido pensamiento se despertaba y la actitud rutinaria, tranquila, hacia los acontecimientos cotidianos, perdía seguridad. Todo esto lo veía Pelagueia más claramente que sus amigos, pues conocía mejor que ellos el rostro desolado de la vida, y ahora que veía formarse las arrugas de la reflexión y la irritación, se alegraba y se espantaba al mismo tiempo. Se alegraba, porque lo consideraba obra de su hijo; se espantaba porque sabía que, si salía de la cárcel, se pondría a la cabeza de todos sus camaradas, en el puesto más peligroso. Y moriría.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

A veces, la imagen de su hijo adquiría para ella las proporciones de un héroe de leyenda; unía a él todas las palabras de valentía y honradez, que había oído; todas las cualidades de los seres que había amado, todo lo que conocía de valor y de claridad. Entonces lo admiraba, enternecida, orgullosa, entusiasta, y pensaba llena de esperanza:

«¡Todo saldrá bien, todo!»

Su amor maternal se inflamaba, le oprimía el corazón hasta casi hacerla gritar. Luego, su amor de madre impedía que creciera su amor por la humanidad, lo consumía, y en lugar de tan grande sentimiento, en las grises cenizas de la inquietud, palpitaba, tímidamente, una idea desoladora:

«¡Morirá! ¡Perecerá!»

## CAPÍTULO 14

A mediodía, estaba en la oficina de la cárcel, frente a Pável, y a través de la neblina de los ojos, examinaba su cara barbuda, acechando el instante en que pudiera darle la esquila que apretaban fuertemente sus dedos.

—Estoy bien de salud, y los camaradas también —dijo él a media voz—. ¿Y tú, cómo estás?

—No voy mal... Egor Ivánovich ha muerto —respondió maquinalmente.

—¿Ah, sí? —exclamó Pável, e inclinó la cabeza.

—En el entierro hubo una lucha con la policía y detuvieron a varios —continuó ella con naturalidad.

El subdirector de la cárcel hizo chasquear sus finos labios con indignación, se levantó bruscamente de la silla y refunfuñó:

—¡Está prohibido, y tienen que comprenderlo, Cristo! No se puede hablar de política.

La madre se levantó también y dijo confusa, como si no comprendiese:

—Yo no hablaba de política, sino de la pelea. Es cierto que se han pegado. Y también que hay uno con la cabeza rota.

—Da lo mismo; le ruego que se calle. No puede hablar más que de lo que concierne personalmente a usted, su familia y su casa.

Notando que se embarullaba, se sentó a la mesa y añadió en tono bajo y melancólico, ordenando sus papeles:

—Yo soy el responsable aquí...

La madre le lanzó una ojeada, deslizó rápidamente la esquila en la mano de Pável y suspiró aliviada:

— No comprende una de qué hay que hablar...

Pável sonrió:

—Yo tampoco lo comprendo.

—Entonces no vengan de visita —observó malhumorado el funcionario—. No tienen nada que decir y vienen a molestar a todo el mundo...

—¿Será pronto el juicio? —preguntó la madre, después de una pausa.

—El procurador ha venido hace poco y dice que sí...

Hablaban con palabras intrascendentes, innecesarias para ambos; la madre veía que los ojos de Pável la miraban con ternura y cariño. No había cambiado, continuaba tan mesurado y tranquilo como siempre; sólo la barba le había crecido mucho, haciéndolo parecer más viejo, y, además, las manos se le habían puesto más blancas. Ella sintió deseos de decirle algo agradable, de hablarle de Nikolái, y con el mismo tono de voz con que había referido cosas innecesarias y carentes de interés, prosiguió:

—He visto a tu ahijado.

Pável la miró interrogante. Para recordarle el rostro picado de Vesovchikov, ella golpeó su propia mejilla con el dedo.

— Se encuentra bien, el chico está fuerte y sano, pronto tendrá colocación.

Pável había comprendido. Con un gesto cómplice y una alegre sonrisa en los ojos, respondió:

—¡Eso me alegra mucho!

—También a mí —dijo ella satisfecha. Se sentía contenta de sí misma y conmovida por la alegría de su hijo.

Cuando se marchó, él le estrechó calurosamente la mano.

—¡Gracias, madre!

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Un jubiloso sentimiento de entrañable proximidad al hijo se le subió embriagador a la cabeza, y, sin fuerzas para contestar con palabras, le respondió estrechándole la mano en silencio.

Cuando volvió a casa, se encontró allí a Sáshenka. La joven solía presentarse a ver a Nílovna los días en que ésta visitaba a Pável. Nunca le preguntaba por él, y si la madre no decía nada, Sáshenka la miraba fijamente a la cara y se conformaba con eso. Pero esta vez la acogió con una pregunta inquieta:

—¿Cómo está él?

—Está bien.

—¿Le ha entregado usted la esquila?

—Por supuesto. Lo he hecho con tanta habilidad que...

—¿La ha leído?

—¿Cómo iba a poder leerlo?

—Es verdad, se me olvidaba... —dijo lentamente la muchacha—. Esperaremos una semana. ¿Cree usted que estará conforme?

Su frente se nubló, y su mirada se separaba de los ojos de la madre, que reflexionaba:

—No lo sé... ¿Por qué no, si no hay peligro?

Sáshenka movió bruscamente la cabeza y preguntó con sequedad:

—¿Sabe usted qué hay que darle al enfermo? Pide de comer.

—Se le puede dar de todo. Ya voy.

Se fue a la cocina. Sáshenka la siguió despacio.

—¿Puedo ayudarla?

—Gracias, pero no es necesario.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

La madre se había inclinado sobre el horno para tomar una cacerola.

—Espere... —dijo la muchacha en voz baja.

Su rostro palideció, sus ojos se dilataron angustiados, y sus labios, trémulos, murmuraron con esfuerzo y ardor, rápidamente:

— Quiero hacerle un ruego. ¡Yo sé que él no estará de acuerdo! ¡Convéncalo usted! Dígale que nos es necesario, que no podemos prescindir de él para la causa, que tengo miedo de que enferme. Ya ve usted, aún no han señalado día para el juicio...

Se percibía que hablaba con dificultad. Toda ella estaba rígida, miraba hacia un lado, su voz sonaba desigual. Caídos los párpados de cansancio, la muchacha se mordió los labios y crujieron sus dedos, contraídos con fuerza.

La madre quedó turbada ante aquel ímpetu; pero lo comprendía y, emocionada, llena de tristeza, abrazó a Sáshenka y respondió bajito:

—Querida, hija mía... Él no escucha a nadie, más que a sí mismo.

Las dos callaron, estrechamente abrazadas. Después, Sáshenka, desprendiendo de sus hombros con dulzura las manos de la madre, le dijo temblorosa:

—Tiene usted razón. Son tonterías, mis nervios...

Y súbitamente tranquilizada, dijo sencillamente:

—Vamos de dar de comer al herido.

Se sentó a la cabecera de Iván y recuperó su solicitud para preguntarle afectuosamente:

—¿Le duele mucho la cabeza?

—No, no demasiado, pero no la siento firme. Estoy débil... —respondió Iván, subiéndose la colcha hasta la barbilla y guiñando los ojos como si la luz lo cegase.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Al darse cuenta de que el joven no se decidía a comer en su presencia, Sáshenka se retiró. Iván se sentó en la cama, la siguió con la mirada, y dijo con un gesto malicioso:

—¡Guapa chica!

Sus ojos eran claros y alegres, sus dientes menudos y apretados, la voz estaba aún en la fase del cambio.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó pensativa la madre.

—Diecisiete.

—¿Dónde están tus padres?

—En el campo. Hace siete años que vivo aquí; cuando acabé la escuela me quedé. Y usted, camarada, ¿cómo se llama?

La madre se sentía conmovida y divertida cuando se dirigían así a ella. Ahora, sonriendo, preguntó:

—¿Para qué quieres saberlo?

Tras un instante de silencio, el muchacho, confuso, explicó:

—Es que había un estudiante en nuestra célula, bueno, uno que leía con nosotros y nos habló de la madre de Pável Vlásov, el obrero..., ya sabe, el de la manifestación del Primero de Mayo.

Ella asintió con la cabeza y prestó viva atención.

—Fue el primero que desplegó abiertamente la bandera de nuestro partido —dijo el joven, con un orgullo que encontró eco en el corazón de la madre—. Yo no estuve, porque pensábamos hacer una manifestación por nuestro lado, y fracasamos. No éramos muchos entonces. Pero este año sí podremos. ¡Ya lo verá!

Se sofocaba de emoción, saboreando de antemano los acontecimientos futuros. Luego continuó, agitando la cuchara:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

— Bueno, pues le estaba hablando de la madre de Vlásov. Después de aquello, también ingresó en el Partido. Dicen que es una mujer extraordinaria.

La madre tuvo una amplia sonrisa. Le era grato escuchar las entusiastas alabanzas del chiquillo, que la halagaban y la azoraban. Iba a decirle «la madre soy yo». Pero se contuvo y se dijo a sí misma, con tristeza mezclada de ironía:

«Soy una vieja tonta.»

—Vamos, come más. Cúrate pronto, por nuestra bendita causa —dijo emocionada, inclinándose sobre él.

La puerta se abrió y una bocanada del húmedo frío del otoño precedió a Sofía, que entró alegre, rojas las mejillas.

—Los espías me persiguen como los pretendientes a una rica heredera, mi palabra de honor. Tendré que marcharme de aquí. Bien, Iván, ¿cómo va eso? ¿Qué dice Pável, Nilovna? ¿Sáshenka está aquí?

Encendiendo un cigarrillo, preguntaba sin esperar respuestas, y la mirada de sus ojos grises acariciaba a la madre y al muchacho. Pelagueia la miraba a su vez, y sonreía interiormente pensando:

«Así que también yo me he convertido en alguien valioso.»

E inclinándose de nuevo hacia Iván, le dijo: —¡Cúrate, hijo!

Se fue al comedor, donde Sofía contaba a Sáshenka:

—Ya tiene preparados trescientos ejemplares. ¡Este trabajo la matará! ¡Eso es heroísmo! Le digo, Sáshenka, que es una gran felicidad vivir entre semejantes gentes, ser su camarada, trabajar con ellos...

—Sí —respondió la muchacha en un susurro.

Por la noche, Sofía dijo a la madre:

—Nilovna, hace falta que vaya de nuevo al campo.

—Bien. ¿Cuándo?

—Dentro de dos o tres días, ¿es posible?

—Desde luego.

—No vaya a pie —aconsejó Nikolái—. Alquile caballos de posta y tome otro camino, se lo suplico, por el cantón de Nikólskoie.

Calló, con un aire sombrío que no cuadraba a su rostro, cuya expresión, siempre tranquila, se volvió extraña y hosca.

—Es un gran rodeo por Nikólskoie —dijo la madre—. Y los caballos son caros.

—Mire —dijo por fin Nikolái—, no estoy conforme con este viaje. Hay agitación por aquella parte, han detenido gente, concretamente a un maestro de escuela; hay que ser prudentes. Valdría más esperar un poco.

Sofía observó, golpeando la mesa con los dedos:

—Es importante que la distribución de la literatura no se interrumpa. ¿No tiene miedo de ir, Nilovna?—preguntó de pronto.

La madre se sintió herida:

—¿Cuándo he tenido yo miedo? Ni siquiera lo tuve la primera vez..., y resulta que ahora, de pronto...

Sin acabar la frase, bajó la cabeza. Cada vez que le preguntaban si tenía miedo, si aquello le parecía conveniente o si podría hacer esto o lo otro, sentía como si la mantuviesen al margen, o la tratasen de modo distinto que los demás se trataban entre sí.

—Es inútil que me pregunte si tengo miedo —prosiguió con un suspiro—. Jamás se preguntan semejante cosa entre ustedes.

Nicolái se quitó vivamente los lentes, volvió a ponérselos y miró fijamente a su hermana. El embarazoso silencio que siguió agitó a la madre, que se levantó de la

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

silla, con aire de culpa. Quería decir algo, pero Sofía la tomó dulcemente de la mano y en voz baja se excusó:

—¡Perdóneme! ¡No volveré a hacerlo!

Aquellas palabras hicieron reír a la madre. Momentos después, los tres hablaban animadamente y con preocupación sobre el viaje al campo.